

Pero otro gallo le había de cantar al famoso Comendador de Calatrava, pues colmada la medida del sufrimiento, hirviendo en ira el pecho de los viejos, estallando de cólera el de los mozos y de indignación el de las mujeres, cada hecho nefando del tirano va llenando la copa de la venganza, que ha de rebosar en breve. Había regresado de sus correrías vandálicas por la Mancha y descansaba Frey Fernán Gómez de Guzmán en su casa a menuda de Fuenteovejuna, cierta noche de abril de 1476, en compañía de una llorosa doncella que sus esbirros le habían llevado como de costumbre, cuando el rugido popular que, ardiendo en ira, golpeaba con fuertes adabonazos la recia puerta de la Encomienda Mayor, le hizo asomarse trémulo a los balcones. Una compacta multitud, con teas encendidas y armada de toda clase de instrumentos de labranza, amén de algunos puñales, entre los que brillaba a la luz impresionante de las antorchas el afilado acero de las cortantes hachas y de las curvas hoces, estaba allí, clamando venganza y dispuesta a matarlo:

- ¡Fuenteovejuna, Fuenteovejuna!
- ¡Muera el tirano, violador de doncellas y salteador de haciendas!
- ¡Vivan nuestros gloriosos Reyes, Isabel y Fernando!
- ¡Abajo los herejes y los traidores al trono!

Porque es bueno consignar que el desalmado Comendador había roto los vínculos de respeto y de fealdad que debía a sus Soberanos, encendiendo la guerra civil en la Mancha y en Andalucía, convirtiendo cada soldado suyo en un repugnante verdugo. Robaban cuanto les venía en gana y saciaban su torpe lujuria en casadas, viudas y solteras. El Rey había enviado contra él, y contra el Gran Maestre de Calatrava Téllez Girón, al noble Maestre de la Orden de Santiago y a don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra y Alcaide de los Donceles.

Pero el pueblo de Fuenteovejuna se adelantó a todos en sus deseos de hacer justicia. Temblaba cobardemente Frey Fernán Gómez de Guzmán y dió orden a sus ballesteros de que asaetearan sin piedad al pueblo amotinado en la plaza, arrojando sobre la multitud enormes peñascos y calderas de aceite hirviendo desde los altos matacanes. Inútil todo. Los villanos, ardiendo en coraje, destrozaron la ferrada puerta, irrumpieron en las estancias, subieron las macizas escaleras y acorralaron en un salón al déspota y a sus catravos, y sin hacer caso de súplicas ni de ofertas, arremetieron contra el grupo con su espantable, unánime y justiciero grito:

—¡Fuenteovejuna y a ellos!

Se defienden espada en mano los del Comendador, con la desesperación que da la vecindad de la muerte; pero pronto dan cuenta de ellos los amotinados labriegos, arrojando el cadáver de Gómez de Guzmán a la plaza por un abierto ajímez. Allí le escupen el ensangrentado rostro y le mesan las barbas cuantos débiles en vida ofendiera, quebrándole los dientes con el macho de un azadón. Sólo entonces se calma el furor homicida, que más tarde había de reflejar Lope de Vega, quizá arrepetido de sus elogios al traidor, en una comedia dramática inmortal.

Inútiles fueron los tormentos que mandó aplicar el juez pesquisidor, nombrado al efecto para instruir proceso por semejante desafuero, pues todos los vecinos de la villa amotinada contestaban que Fuenteovejuna, como así era en efecto, dado lo unánime del furor popular contra los crímenes del derribado tirano. El mismo poeta adulador de Fernán Gómez de Guzmán nos lo dice en sus versos famosos:

Autógrafo de Lope de Vega, el cantor ocasional del Comendador de Fuenteovejuna.

